

La envidia y los celos

Karl Diestelkamp

Como la mayoría de los vicios, la envidia y los celos parece que se dan por sentado por gran parte de la sociedad y se consideran casi como algo “natural.” No así, por los que le piden al Señor que haga en ellos “un corazón limpio.” El sabio entendió el principio “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7). Albergar ya sea envidia o celos en el corazón es invitar a la ruina. Salomón escribe: “El corazón apacible es vida de la carne; más la envidia es carcoma de los huesos” (Proverbios 14:30) y una vez más: “Cruel es la ira, e impetuoso el furor; más ¿quién podrá sostenerse delante de la envidia?” (Proverbios 27:4). La envidia y los celos consumen las entrañas espirituales de los que permiten que entren a sus corazones y los que continúan llamándolos o invitándolos pagarán el más alto precio.

Nuestros diccionarios define a la *envidia* como “resentimiento o dolor por un beneficio disfrutado por otra persona con el deseo de poseer lo mismo” y *celoso* como la “hostilidad hacia alguien que disfruta de un beneficio.”

En el Nuevo Testamento, se usan dos palabras para traducir “envidia.” La primera, *zelos*, puede usarse ya sea en buen o en mal sentido, se determina por el contexto en el que ocurre, algunos lo traducen “envidia” y otros “celos.” El segundo, *phthonos*, “es el sentimiento de disgusto producido por presenciar o enterarse del beneficio o de la prosperidad de los demás; esta palabra siempre tiene mal sentido” (Vine, 367). Al comentar sobre estas dos palabras, Vine dice: “La diferencia radica en esto, que la envidia desea privar al otro de lo que tiene, en tanto que los celos desean tener lo mismo o el mismo tipo de cosas.” Ambas palabras se encuentran como “obras de la carne” (Gálatas 5:19-21) y demuestran esta variación en significado. El tener “un corazón limpio” requiere no solo eliminar malas actitudes sino también enfocarse en prevenir su desarrollo en el corazón.

Poncio Pilato identifico la envidia como la motivación del sumo sacerdote y de los ancianos de los judíos, al pedirle matar a Jesús. “Porque sabía que por envidia le habían entregado” (Mateo 27:18). Pocos días antes, Jesús había entrado a Jerusalén recibiendo alabanza y honor de las multitudes, enfureciendo a los fariseos que le exigieron que Jesús debería de reprender a la gente por ello (Lucas 19:39). De que le tenían envidia se ve en como discutían entre sí, diciendo que no habían conseguido nada para contrarrestar su popularidad y “el mundo va tras él” (Juan 12:19). Judas se convirtió en un peón dispuesto a entregar a Jesús en un lugar lejos de las multitudes, debido a que los conspiradores le “temían al pueblo” (Lucas 22:2-6). La envidia y los celos no inspiran una verdadera confianza y valor.

Los celos llevaron a los enemigos de Jesús a acusarlo delante de Pilato, se le acusó de muchas cosas (Mateo 27:13; Lucas 23:1-5), ninguna de las cuales convencieron a Pilato. Cuando esto no fue suficiente amenazaron a Pilato diciendo que si liberaba a Jesús, no sería amigo de César (Juan 19:12). También incitaron a la multitud (Marcos 15:11) y recurrieron al arma de la multitud que en insistente histeria, daba grandes voces “y las voces de ellos...prevalecieron” (Lucas 23:23). La envidia llevó a lo conveniente políticamente y de la cobardía a la infamia—el sumo sacerdote y los ancianos del pueblo rindieron declaraciones falsas y dejaron a un delincuente libre. Pilato sentenció a un Jesús inocente a la crucifixión y Judas se ahorcó. Si, “¿Quién puede quedar de pie ante la envidia?”

Entre otras cosas, se dice que los que tienen mentes reprobadas están “llenos de envidia” (Romanos 1:28-29). En contraste, el cristiano debe desechar “toda...envidia” (I Pedro 2:1), siendo el resultado, que cosas como la malicia y la envidia sean parte de lo que ahora es el pasado para los salvos por medio del “lavamiento de la

regeneración" (Tito 3:3-5). Mientras que el mandamiento de "desechar" debería ser suficiente para el hijo de Dios, el Espíritu Santo da severos recordatorios adicionales, debido a que los celos se exhiben en numerosos catálogos del mal en el Nuevo Testamento. "Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa" (Santiago 3:14-16). Pablo les dijo a los Corintios que "aun sois carnales" debido a los "celos, contiendas y disensiones" entre ellos (I Corintios 3:3). Pablo también temía que al llegar a Corinto habría "contiendas, envidias, iras, divisiones, maledicencias, murmuraciones, soberbias, desórdenes" así como encontrar a algunos que no se habían arrepentido de una lista de cosas inmorales (II Corintios 12:20, 21). La envidia y los celos tienen malas compañías.

El falso maestro, que no se conforma a las palabras de nuestro Señor Jesucristo, se dice que está "envanecido, nada sabe y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales" (I Timoteo 6:3-6). Los que estamos sujetos a Dios debemos desechar "las obras de las tinieblas" y no andar "en contiendas y envidias" (Romanos 13:12-14), no alimentar los deseos de la carne.

Los mandamientos son sencillos, pero ¿cómo resistir a eso que parece una actitud tan común? Será de gran ayuda saber qué otras actitudes pueden desencadenar la envidia y los celos.

1. Elevándonos nosotros mismos: Pablo escribe que un hombre "no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener" (Romanos 12:3). I Pedro 5:5, 6 dice que debemos revestirnos de "humildad; porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes." La humildad tiene una forma de desactivar la envidia.

2. Desear cosas: Muchos codician la prosperidad de otros, ya sea su casa, su esposa, sus siervos, sus animales o algo más de su prójimo (Éxodo 20:17). Debemos aprender a contentarnos en cualquier estado en que nos encontremos y saber "vivir humildemente" y en "abundancia...para estar saciado como para hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad" (Filipenses 4:11-12), incluso cuando a otro le vaya mejor. Tenga en cuenta que "gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento...así que teniendo sustento y abrigo, estemos contentos" (I Timoteo 6:6-8), o a estar "contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré" (Hebreos 13:5). Los que aprenden a estar satisfechos no serán envidiosos.

3. La rivalidad y la competencia: En los atletas, estos motivos han llevado a engañar, causar lesiones e incluso calumniar a otros, creando envidia y celos. En asuntos espirituales, tal competencia (se real o imaginaria) puede implicar el chisme, la murmuración, la calumnia, discordia entre hermanos y mentira, con la esperanza de tener más reconocimiento, reputación, capacidad o espiritualidad respecto a alguien más. A los hermanos carnales de Corintio les parecía que había rivalidad entre Pablo y Apolos. De que no había celos ni envidia del uno al otro se ve en la afirmación de Pablo de que eran simplemente siervos por quienes los corintios creyeron y que cada uno tenía una función que cumplir como Dios se las había dado. Pablo plantó, Apolos regó y Dios dio el crecimiento y ninguno de ellos era algo delante de Dios, no obstante, eran "uno" y cada uno de ellos recibiría su propia recompensa, ser "colaboradores de Dios" (I Corintios 3:3-8). Las destrezas, la fortaleza y la espiritualidad varía entre los hermanos, pero no debería convertirse en una ocasión para la envidia o los celos.

Podemos desarrollar actitudes que no solo destruyen la envidia y los celos, sino también evitarán que se alojen en nuestros corazones. Determine sinceramente *gozarse* "con los que se gozan; llorad con los que lloran" (Romanos 12:15) y si un miembro del cuerpo es honrado, asegúrese de

regocijarse con ello, porque debemos “preocuparnos los unos por los otros” (I Corintios 12:25, 26). Controle *sus* actitudes. “Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo” (Filipenses 2:3, 4). Difícilmente podrá envidiar a otros si al mismo tiempo muestra un interés genuino en ellos. Averigüe quién es su prójimo y ame a su “prójimo como a ti mismo” (Santiago 2:8). “El amor no hace mal al prójimo” (Romanos 13:7-10) y “agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación” (Romanos 15:2). El amor genuino, impulsa el bien hacia los otros, nunca producirá celos y envidia.

El apóstol Pablo encontró a algunos que pensaban que por medio de la predicación del Evangelio, podrían provocarle aflicción mientras que él estaba en cadenas. Al parecer pensaban que podrían socavar la influencia de Pablo y obtener una mejor posición. Quizás la presencia de un apóstol los eclipsaba. Cualquiera que haya sido su motivo, Pablo dijo que ellos “predican a Cristo por envidia y contienda” y esto ciertamente no era un cumplido. Sin embargo, la actitud de Pablo es digna de imitar. Él dijo que incluso si ellos predicaban por envidia y contienda, “de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado y en esto me gozo y me gozaré aún” (Filipenses 1:15-18). Él no criticaba lo que predicaban, pero si expone sus actitudes. Ciertamente tal servicio desinteresado para Cristo debería haber avergonzado a los que usaban a Pablo para esos fines. Podemos aprender mucho de este ejemplo si queremos. La predicación y la enseñanza con el propósito de socavar la influencia de otros, competir por el reconocimiento o para “superar y eclipsar” a otro se burla de la finalidad divina de este gran trabajo, de “salvar a los creyentes” (I Corintios 1:21). Cuando socavamos el trabajo, la reputación, la iniciativa y la influencia de los demás, con el pretexto de predicar el Evangelio, la hipocresía de la envidia y los celos se anexan a nosotros mismos, nos demos cuenta o no.

El vicio rara vez se anuncia como un vicio. Al identificarlo, debemos tratar de evitar la contaminación, no permaneciendo en el mal. En el

Ensayo sobre el hombre, Epístola II, el poeta inglés, Alexander Pope escribió:

El vicio es un monstruo de horrible parecer,
Pues no hay más que verlo para detestarlo;
Sin embargo, de tanto contemplarlo puede suceder,
Que tras tolerarlo y compadecerlo, lleguemos a abrazarlo

El exceso de familiaridad con un vicio nos expone a ser vencidos. Lamentablemente tendemos a querer probar el alcance de nuestras debilidades, comparándonos con otros. Sobre “El peligro del vicio,” Pope continúa:

Nadie lo reconoce en las primeras etapas,
Pero cree que su prójimo ha llegado más lejos que él.

Es fácil pensar que otros tienen mucho por mejorar, cuando en realidad lo que necesitamos es poner nuestra vida en orden. La envidia y los celos no tienen lugar en la vida del seguidor de Cristo. Que no se nombre entre nosotros.

PREGUNTAS:

1. ¿Por qué piensan algunos que la envidia y los celos no son realmente una preocupación seria? _____

2. ¿Cuáles serían algunos ejemplos de envidia y celos entre los cristianos? _____

3. ¿En qué sentido la envidia contribuyó en la crucifixión de Cristo? _____

4. ¿Cuál es el medio por el cual nos deshacemos de la envidia y los celos? _____

5. ¿Cuáles son algunas actitudes que podrían contribuir a la envidia y los celos? _____

6. ¿Cuáles son algunas actitudes positivas que podrían cultivar a que se prevenga la envidia y los celos? _____

7. ¿Cómo podemos identificar claramente las cosas malas y que no se hagan tan habituales que nos hagan insensibles a su peligro? _____

